

Otro ultraje que el de que le quiten su religion. El pueblo y los sacerdotes no pudieron sufrir la profanacion de sus altares. El mismo Motezuma llamó un dia á Cortés á su aposento, y con una firmeza desacostumbrada le dijo que sus dioses estaban ofendidos, y pues la mision de su monarca estaba ya cumplida, se apresurára á salir de la ciudad y del imperio. Cortés disimuló, manifestó deseos de volver á su patria, pero espuso que para verificarlo necesitaba construir algunos buques, porque su flota habia sido destruida, y pidió á Motezuma que sus súbditos le ayudáran á la construccion de las naves. A esto accedió muy gustoso el emperador, con el afan de que cuanto antes pudieran irse los españoles.

Otro objeto se proponia Cortés en la construccion de buques. Mas cuando estaba en esta faena, que entretenia y dilatava todo lo posible, recibe aviso de que Pámfilo de Narvaez, teniente de Velazquez el gobernador de Cuba, ha desembarcado en la costa mexicana con mil cuatrocientos hombres, con la comision de despojarle de su conquista, de hacerle prisionero y de llevarle á Cuba para ser juzgado. Jamás Hernan Cortés se habia visto en mayor conflicto y apuro. ¿Abandonará y perderá á Méjico por salir á combatir un ejército español tres veces mas numeroso que el suyo? ¿Esperará en la ciudad la llegada de Narvaez, para tener dos terribles enemigos, uno dentro y otro fuera? Cortés opta como siempre por la resolucion mas

audaz: encomienda la guarda de Méjico á su teniente Pedro de Alvarado con solos ochenta españoles, le deja las instrucciones á que ha de arreglar su conducta, pónese de acuerdo con Sandoval, el nuevo gobernador de Vera-Cruz, y sale con doscientos cincuenta hombres al encuentro de Narvaez; le sorprende en una noche tempestuosa y lóbrega en Zempoala, le ataca, le hace prisionero, únense al vencedor las mismas tropas del vencido, y Cortés da la vuelta á Méjico á la cabeza de mil trescientos soldados, cien caballos, diez y ocho cañones y dos mil tlascaltecas.

A su regreso encuentra la populosa capital insurreccionada, y á Alvarado y sus pocos españoles estrechados por los insurrectos. Cortés ni desmaya ni vacila; penetra en la ciudad, y se empeña en los mas vivos y encarnizados combates. Compréndese mejor que se esplica cuán horrorosa y trágica seria la pelea de muchos dias, entre una inmensa poblacion arrebatada de furia y unos soldados luchando á la desesperada. Motezuma se ve comprometido á servir de mediador entre la ciudad y los españoles, para ver de atajar tanta sangre: accede, aunque con recelo, á presentarse revestido de las insignias imperiales y de toda la pompa y atributos del poder. Su recelo era bien fundado: al querer arengar á su pueblo para ver de calmar la sedicion, cae mortalmente herido por una lluvia de flechas y piedras lanzadas por sus mismos súbditos, y sucumbe á poco tiempo (30 de junio, 1520).

Embargó al pronto á los mejicanos el estupor y el asombro de lo que acababan de ejecutar; mas pronto se recobran, proclaman emperador á Quetlavaca, hermano de Motezuma, y se renueva con mas fuerza el ataque del cuartel español. La sangre corre á torrentes por las calles, á nadie se perdona la vida, Cortés mismo se vé en mil personales riesgos, pero sin abandonarle nunca su carácter magnánimo; reconoce al fin la necesidad de retirarse de aquella poblacion infernal, y aprovecha para ello la oscuridad de una noche y la lluvia que caía en abundancia. ¿Mas por dónde huirá, si los indios le cortan las calzadas del lago?

Y así fué por desgracia. No solo habian hecho hasta siete zanjias en la calzada de Tacuba que Cortés eligió para la retirada, sino que el lago se hallaba cubierto de millares de canoas, desde las cuales lanzaban espesas granizadas de flechas y dardos sobre los fugitivos y apiñados españoles y tlascaltecas. A fuerza de prodigios y luchando con la muerte, iban ganando los trozos de calzada de cortadura en cortadura. Muchos perecian en las olas, salvábanse otros á nado, caian otros acribillados de flechas, los gritos eran horribles, la mortandad espantosa, Alvarado, Ordaz, todos hicieron maravillas de valor, Cortés se mostró mas que nunca heróico, y cuando ganaron la tierra firme, angustióse el valeroso caudillo al ver que habian perecido dos mil tlascaltecas, doscientos

españoles y cuarenta y seis caballos. Quedóle á aquella noche el nombre de noche de la desolacion, y el de *la Noche Triste* (1.º de julio, 1520).

No pararon aqui los trabajos. Al sexto dia de caminar por inmensas soledades con increíbles privaciones y padecimientos, sorprende á los españoles el espectáculo de cuarenta mil guerreros indios que los aguardaban en el valle de Otumba. ¿Qué hará Hernan-Cortés en este nuevo trance? Vencer ó morir es su resolucion; arenga á sus soldados; el ejemplo y la palabra de su general los vigoriza, y rompen todos sembrando la muerte por aquellas formidables masas. Divisa Cortés con su ojo de águila el estandarte imperial, en cuya pérdida ó conservacion sabe que cifran los mejicanos el símbolo de la muerte del imperio; rodéase de sus mas intrépidos capitanes, acomete con ellos y arrolla á los que custodiaban la imperial enseña, da la muerte al general mejicano que la empuñaba, se apodera del estandarte, los indios que lo ven huyen despavoridos, hace en ellos una horrible matanza, recoge su botin y sus tesoros, y se va á descansar á la ciudad amiga de Tlascala, donde es esmeradamente cuidado de las heridas que ha recibido en la gloriosa batalla de Otumba (8 de junio de 1520).

Una nueva feliz viene allí á aumentar sus esperanzas y la alegría de su último triunfo. Tres navíos de España cargados de municiones y soldados han

arribado por casualidad al puerto de Vera-Cruz, cuyo gobernador ha determinado á sus capitanes á incorporarse á las tropas de Cortés. Con este refuerzo el ejército conquistador se vuelve á encontrar tan numeroso como á su entrada en Méjico. Cortés se siente capaz de emprender de nuevo la conquista, y sus amigos los tlascaltecas le facilitan un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Habia muerto en Méjico el nuevo emperador, y ocupaba el trono imperial el jóven Guatimocin, pariente de Motezuma, que no carecia de valor ni de prevision, y congregando cuanta gente de guerra pudo, se preparó á hacer á los españoles una resistencia desesperada. Cortés no se arredra por eso, y emprende su marcha. Al llegar á las cercanías de Tezcuco, previene y frustra una conspiracion del cacique para aniquilar toda la hueste española. Conoce que no podrá apoderarse de Méjico sin algunos buques de guerra que oponer á las canoas de los indios; da principio á la obra de construccion, y en pocos dias y como por encanto aparece armada una escuadrilla de trece bergantines. Con su auxilio va sometiendo las provincias y poblaciones inmediatas á la capital, y haciendo alianza con sus tribus, y esta defeccion pone en cuidado á Guatimocin. Al tiempo de atacar la ciudad descubre otra conspiracion de sus propios soldados, partidarios todavía algunos de ellos de Velazquez, que se proponian nada menos que ase-

sinar á su general. Cortés hace ahorcar al principal de los conjurados, llamado Antonio de Villafañe, encuentra la lista de los demas conspiradores, disimula, los tranquiliza con mucha política, y le siguen todos al ataque.

Amaestrado Cortés con el desastre de la *Noche Triste*, dispone convenientemente su tropa y sus buques para poder marchar por las calzadas, y combatir los millares de piraguas indias que llenaban el lago. Su artillería derrama el espanto y la muerte en los indios de las canoas, y Cortés penetra el primero hasta el corazon de la ciudad, hasta el templo en que habian dejado plantada la cruz, ya reemplazada otra vez por el dios de la guerra de los aztecas. Pero se vé obligado á retroceder, furiosamente atacado por los mejicanos. Los combates se renuevan y repiten con bárbaro furor, con lastimosa matanza de hombres y lamentable destruccion de edificios. Cortés corrió en esta ocasion los mayores peligros personales. Los españoles se retiran y vuelven á acometer; son rechazados y tornan á pelear con la misma furia: por espacio de muchos dias se combate sangrienta y encarnizadamente y sin descanso, en tierra y en agua, en la ciudad, en las calzadas y en la laguna. Recibe Cortés numerosísimos refuerzos de las ciudades amigas, y bloquea la capital hasta hacerle sentir el hambre. Pero deseando poner pronto término á tan funesta guerra, dispone un asalto general por tres pun-

tos: él es quien mas avanza salvando zanjas y trincheras; pero suena en el sagrado templo la trompa de Guatimocin, y vomitando las calles innumerables bandas de frenéticos indios, seis vigorosos guerreros se abalanzan hácia el general español, y le derriban herido al suelo; el capitán Olea le salva de la muerte matando dos de aquellos feroces indios, y á costa de caer él moribundo al lado de su jefe. Cortés y sus españoles se retiran con no poca pérdida, venciendo mil dificultades y peligros.

Una noche observaron los españoles desde su campamento una procesion que se celebraba en la ciudad: entre las filas de los sacerdotes divisaron varios de sus compatriotas prisioneros que conducian desnudos á sacrificarlos al dios de la guerra segun su costumbre, y á que hiciesen despues sabroso manjar de sus carnes los feroces canibales del átrio del templo. Tan horrendo espectáculo heló de estupor á unos, y encendió en rabia y en desesperacion á otros. Los indios confederados intentan abandonar á los españoles, porque los sacerdotes mejicanos les han enviado á decir que el terrible *Huitzilopochtli*, su ofendida deidad, aplacado con aquellas víctimas, ha vuelto á tomar bajo su amparo á los aztecas, y dentro de ocho dias perecerian todos los españoles. Esta fatídica prediccion fué la que salvó al impertérrito Cortés: «*aguardad*, les dijo, *estemos sin pelear ocho dias, y yo os convenceré de la impostura de esos oráculos.*» El convenio

se acepta, trascurre el plazo, los españoles viven, los oráculos quedan desmentidos, y los indios aliados se apresuran á incorporarse con fiadamente á Cortés, avergonzados de su credulidad.

Penetran otra vez los españoles y sus aliados en la poblacion, acosada ya de los horrores del hambre y de la sed, derriban edificios, incendian templos, degüellan sin conmiseracion; y Guatimocin, que no ha querido escuchar proposiciones de paz, determina fugarse para hacer la guerra desde la calzada del Norte. Sandoval, que mandaba la flotilla española en el lago, advierte que le cruzan muchas canoas atestadas de gente. García Holguin, que conducia el buque mas velero, persigue una de ellas en que le pareció que iban personajes de cuenta: al mandar apuntar á sus ballesteros le gritan que no descargue: «*Yo soy Guatimocin*, exclamó un jóven guerrero; *llevadme á vuestro general, solo os pido que no toqueis á mi esposa y á los que me acompañan.*» La nueva de la captura de Guatimocin cunde rápidamente entre los mejicanos, que yertos de estupor cesan en el combate. Hernán Cortés y los españoles quedan apoderados de Méjico (13 de agosto, 1521), despues de un sitio de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor, y por los horribles padecimientos de sitiados y sitiadores.

Los dias siguientes á la rendicion se invirtieron en limpiar la ciudad de los montones de cadáveres que

la infectaban, en presenciar la marcha de los que habían quedado vivos, aunque estenuados del hambre, en hacer procesiones religiosas, en celebrar banquetes, en solemnizar de mil maneras el triunfo, y en repartirse las riquezas que encontraron. Como estas no correspondieran á las esperanzas de los españoles, prorumpieron en quejas y murmuraciones, y pidieron en tumulto que les fueran entregados Guatimocin y su ministro para obligarlos á declarar dónde habían escondido sus tesoros. Cuéntase que puestos á tormento sobre unas parrillas, bajo las cuales había fuego vivo, como el ministro lanzara un grito de dolor mirando á su soberano: «*Y yo, exclamó Guatimocin, ¿estoy acaso en algun lecho de rosas?*» Cortés mandó suspender el suplicio del emperador, pero retirósele del brasero para conducirle en el mas miserable estado á una prision, de donde se le sacó á los tres años para ahorcarle en compañía de otros dos caciques, con pretesto ó motivo de ser fautores de una conjuración.

A la rendición de la capital no tardó en seguir la sumisión de las provincias de aquel vasto imperio. El natural amor á la libertad sugirió á los mejicanos muchas conspiraciones y tentativas para sacudir el yugo de sus dominadores; mas todas eran reprimidas, y no hacían sino acarrear venganzas terribles y crueldades con que muchas veces los opresores se deshonraron. Aun así, la caída del imperio de los aztecas fué grandemente beneficiosa á la humanidad, y aun á ellos

mismos: aunque mas civilizados que otros indios, no dejaban de ser feroces y brutales, vivían en la esclavitud, y sus bárbaros y abominables sacrificios, y sus horrendos banquetes de carne humana, eran sobrados motivos para que la humanidad se felicitara de la conquista. La empresa llevada á cabo por Hernán Cortés y un puñado de valientes españoles, «*fué, dice un ilustrado y moderno historiador americano, como empresa militar, poco menos que milagrosa, demasiado sorprendente é inverosímil aun para una novela, y sin ejemplo en las páginas de la historia.*»

¿Recibió el conquistador todo el premio que merecía su hazañosa empresa? Perseguido por el envidioso y rencoroso Velázquez, y calumniado en la corte de España, muchas veces vió menospreciada su gloria y sus ricos presentes. Sobre tener que luchar constantemente con las ambiciones de sus lugartenientes, el mismo Carlos V. sospechó de su lealtad, y le hizo circundar de espías, á cuyas demostraciones de injusta desconfianza correspondía Cortés con nuevos servicios. Hizo reedificar la populosa ciudad de Méjico que había quedado lastimosamente destruida, y la pobló de fabricantes y artesanos, de animales y plantas de España. Sus continuos disgustos le podrán disculpar en gran parte de la crueldad que muchas veces empleó en la conversión forzosa de los indios á la religión y al culto cristiano.

Lejos de seguir las instigaciones de los que le

aconsejaban que se proclamara independiente, prefirió venir á España á dar esplicaciones de su conducta al emperador Carlos V. (1528). Este monarca pareció penetrarse del mérito é importancia de sus servicios, le recibió con mucha distincion, le colmó de elogios, y le hizo caballero del hábito de Santiago y marqués del Valle de Guaxaca (1529). Mas con pretexto de dividir convenientemente la autoridad, nombró un virey para Nueva España, conservándole á él el mando militar y la facultad de continuar y estender las conquistas. De vuelta á Méjico se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad y la envidia de los miembros de la audiencia. Para evitar mas disgustos y no sentir tanto la decadencia de su poder, equipó una flota considerable, y partió á hacer descubrimientos en el gran mar del Sur, y descubrió la gran península de la California, y reconoció una parte del golfo que la separa de Nueva España (1536).

Obligado á regresar á Méjico á causa de las disensiones y rivalidades que seguian agitando el pais, volvió á probar las mismas pesadumbres de parte de sus émulos. Cansado de tanta injusticia y de luchar con adversarios tan indignos de él, determinó volver á España, contando con que sería al menos atendido de su monarca como la vez primera. Mas sus ilusiones comenzaron á disiparse pronto al ver el frío recibimiento que se le hizo en la córte (1540). No le sirvió seguir á Carlos V. y combatir como voluntario en su famosa

expedicion á Argel. Este nuevo servicio no fué mejor pagado que los anteriores; antes bien, con haber perdido en esta guerra, de que luego habremos de hablar, joyas de gran valor, ni aun siquiera se le indemnizó de los 300,000 escudos que habia gastado en su expedicion á California. Llegó á no poder conseguir una audiencia de su soberano. Tratado por el emperador Carlos V. con el mismo desden y con la misma ingratitud que Cristóbal Colon por Fernando el Católico, un dia aguardó el carruage del emperador, y se abalanzó sobre el estribo: «¿quién sois vos?» le preguntó el monarca.—*Yo soy*, contestó Hernan Cortés con entereza, *un hombre que os ha ganado mas provincias que ciudades heredasteis de vuestros padres y abuelos.* Esta noble y altiva respuesta, que encierra una nueva leccion tan sublime como triste, fué la última venganza del gran conquistador.

Mas no por eso mejoró su posicion y su suerte. Lleno de sinsabores y poseido de melancolía, abandonó la córte y se retiró á una soledad cerca de Sevilla. Allí murió, en Castilleja de la Cuesta, como otro Gonzalo de Córdoba, á la edad de 63 años (2 de diciembre, 1547), siendo un nuevo y desconsolador ejemplo de la ingratitud de los reyes.

Y no eran estas solas las conquistas con que se agrandaban en el Nuevo Mundo los dominios del afortunado monarca español, que era al propio tiempo en el Mundo Antigo el mas poderoso de los sobera-

nos. Otros españoles, á fuerza de trabajos y hazañas, le estaban conquistando tambien, en las regiones americanas, imperios no menos vastos y mucho mas ricos que el que acabamos de mencionar.

Entre los aventureros que acompañaron al famoso Ojeda en su expedicion á Tierra Firme, y al afortunado y desdichado Balboa en el difícilísimo paso del istmo de Darien, y entre los que en Panamá se habian establecido con el cruel gobernador Pedrarias Dávila que hizo decapitar á Balboa, se hallaba un español, extremeño tambien como Balboa y Cortés, natural de Trujillo, hijo legítimo del capitán Gonzalo Pizarro, que habiendo pasado su primera edad en la humilde ocupacion de guardar ganado, sin conocer siquiera los rudimentos del arte de la escritura, se habia distinguido por su intrepidez y energía, por su valor en los peligros, y por la aplicacion y la inteligencia natural con que suplía la falta de instruccion, tanto que habia sido ascendido á la clase de oficial y se habia hecho digno y hábil para dirigir y mandar á otros. Este hombre era Francisco Pizarro.

Asociado Pizarro á otros dos españoles, llamados Diego de Almagro, y Fernando de Luque, sacerdote éste último y vicario de Darien, resolvieron, con aprobacion del gobernador, hacer una expedicion al Perú, ofreciéndose cada cual á contribuir con cuanto tuviese para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus compañeros, fué el encargado de mandar

y dirigir la atrevida empresa. Almagro habia de proveerla de tiempo en tiempo de víveres, municiones y refuerzos, y el sacerdote Luque, que se habia enriquecido en Santa María de Darien, costeó los primeros gastos, que importaron 20,000 pesos de oro. Pactaron y juraron repartirse entre los tres por iguales partes los países que descubrieran y conquistáran, en fé de lo cual el clérigo Luque celebró una misa, en que despues de haber consagrado la hostia la partió en tres pedazos, y comulgando con uno dió otro á cada uno de sus asociados (10 de marzo, 1526). Un solo navío conduciendo ciento doce hombres de tripulacion era toda la fuerza con que Francisco Pizarro se embarcó en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur á conquistar el mayor imperio del mundo. • •

• Errante en su primera expedicion por islas y mares, despues de muchas penalidades y trabajos, de enfermedades y muertes en su escasa tropa, y de incesantes luchas con las olas y con los indios, encontróse otra vez el aventurero enfrente de la isla de las Perlas, en el centro del gran golfo de Panamá. Reforzado allí por Almagro con hombres y víveres, diéronse otra vez los dos á la vela, y mas felices en esta ocasion, llegaron á las costas de Quito, la mas bella y mas vasta provincia del imperio del Perú, y desembarcaron en Tucamas. Pero conociendo ser una temeridad empeñarse en la conquista con tan escasas y debilitadas tropas, resolvieron que Almagro vol-

viera á Panamá á buscar refuerzos, que en efecto llevó á su amigo, pero que tardaron en llegar muchos meses, cuando Pizarro se hallaba ya en la situación mas triste y desesperada, en una isla desierta con solos trece hombres, todos estenuados, luchando con las agonías del hambre. Con aquel refuerzo tomó rumbo hácia Sudeste, y al cabo de veinte y un dias de navegacion, ancló en la bahía de la ciudad peruana de Tumbes, donde halló una generosa hospitalidad. Los exploradores fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, y el cacique le envió varios peruanos en canoas con bastimentos de toda clase en vasos de oro y plata, metales que brillaban en abundancia en sus habitaciones. Por lo mismo que mostraba ser un pais tan rico, y al propio tiempo tan populoso, que fuera temeridad intentar su conquista con tan pobres medios y tan poca gente, creyó Pizarro que volviendo á Panamá y enseñando los magníficos vasos de plata y oro y las finísimas telas de lana y algodón que de muestra llevaba, no podria menos de ser auxiliada su empresa (1527). Mas se equivocó en su cálculo; el gobernador se negó á ello; en Pedrarias no tenia confianza; y como los tres asociados hubiesen apurado ya sus recursos, tomaron la resolución de dirigirse á la córte misma de España, para lo cual pudieron reunir algunos fondos. El encargado de esta comision fué el mismo Pizarro.

A su arribo á Sevilla (1528) se vió encarcelado á

instancias del bachiller Enciso, en virtud de sentencia que éste tenia ganada por cuentas atrasadas con los primeros vecinos del Darien. Pero puesto luego en libertad por órden del gobierno, presentóse en Toledo al emperador Carlos V. con un aire de dignidad y de nobleza, que nadie habria podido esperar del antiguo guardador de puercos. Encontróse allí con Hernan Cortés, que á la sazón habia ido á justificar ante el monarca su conducta de las calumnias ó sospechas con que se le habia querido mancillar. De modo que el afortunado soberano, á quien los españoles acababan de hacer dueño de Italia y casi árbitro de Europa, daba al propio tiempo audiencia á otros dos españoles, de los cuales el uno ofrecia á sus pies la corona de un vasto imperio en el Nuevo Mundo, y el otro le prometia la adquisicion de otro imperio mas opulento y mas dilatado.

Pizarro le hizo una pintura tan viva, animada y discreta de los paises que habia descubierto y de los trabajos y miserias que habia pasado por ganarlos y difundir en ellos la fé cristiana, que no solo le prestó auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitán general de 200 leguas de costa en Nueva Castilla (que así se llamaba entonces el Perú), con el título de Adelantado de la tierra (26 de julio, 1529), dignidad esta última que se habia comprometido á solicitar para su compañero Almagro, en lo cual procedió ciertamente Pizarro



con tanto exceso de ambicion como falta de nobleza. Don Fernando de Luque fué nombrado obispo de Tumbes y protector general de los indios en aquellas partes. Cuando Pizarro volvió á Panamá (1530), llevando consigo de Trujillo á cuatro hermanos suyos, indignóse justamente Almagro de la deslealtad de su compañero, y solo por mediacion de Luque, y obligándose Pizarro á no pedir al rey ni para sí ni para sus hermanos otra merced alguna hasta obtener para Almagro otra gobernacion igual que comenzase donde acababa la suya, pudo conseguirse que se reconciliaran de algun modo los antiguos asociados. Con esto Pizarro se dió otra vez á la vela con tres pequeñas naves y ciento ochenta y tres soldados (1531).

Cuando despues de nuevos trabajos y penalidades arribó la flotilla otra vez á Tumbes, lejos de hallar Pizarro la hospitalidad de la vez primera, no encontró sino disposiciones muy hostiles, porque habian llegado á conocimiento de aquellos habitantes las rapacidades cometidas por los españoles en otros puntos. Conoció Pizarro que era forzoso emplear la fuerza, y haciendo una marcha rápida y violenta á la sombra de la noche, sorprendió el ejército enemigo que mandaba el cacique de la provincia, y haciendo evolucionar los caballos, que en el Perú como en Méjico tomaban por mónstruos, teniéndolos por una misma cosa con el ginete, y sucediéndole lo que á Hernan Cortés en Tabasco, ahuyentó los enemigos

poseidos de terror, mató algunos de ellos, y recibió pronto una embajada del cacique enviándole regalos y pidiéndole la paz.

El Dios que adoraban los peruanos era el sol, al cual estaban consagrados los templos. La luna era tambien para ellos una divinidad de orden inferior. Habia entre ellos cierta comunidad de bienes, de placeres y de trabajos, y al fin de cada año se hacia una reparticion de tierras á cada familia. El imperio de los Incas, hijos del Sol, fundado por Manco-Capac y por su muger Mama-Ozello, contaba entonces, segun su tradicion, cerca de cuatro siglos de antigüedad: habíanse sucedido doce reyes, y habíase apoderado últimamente del trono Atahualpa, despues de haber vencido en guerra civil, despojado á su hermano Huascar, y mandado matar á todos los hijos del Sol de que pudo apoderarse.

Avanzando Pizarro desde Tumbes en direccion Sur, fundó á la embocadura de un rio la primera colonia con el nombre de San Miguel. A poco recibió una diputacion de Atahualpa pidiéndole una entrevista, que se verificó en Caxamalca, presentándose el Inca con toda la pompa de un gran soberano. Mas en esta especie de parlamento pacífico, so pretexto de haber menospreciado el Inca los símbolos del cristianismo que le presentó el dominicano Valverde, dió Pizarro la orden de ataque. Al fuego y ruido de los mosquetes y al aspecto de la caballería española,

diéronse á huir aterrados los indios; la muerte sin embargo los alcanzaba, enviada por los arcabuces de los mosqueteros y por las espadas de los ginetes. Pizarro se precipita sobre los que aun defendian á su rey, rompiendo hasta llegar á Atahualpa, á quien hace prisionero asiéndole de un brazo. Las riquezas en oro, plata y telas de que se apoderaron los españoles despues de esta terrible victoria escedieron á cuanto ellos habian podido imaginar (noviembre, 1532).

Encerrado Atahualpa en una pieza de 22 pies de largo por 16 de ancho, ofreció al caudillo español que la llenaria de oro hasta la altura á que él alcanzase con la mano, si á esta costa quisiera restituirle la libertad. Gustosísimo aceptó Pizarro la oferta, y en su virtud el cautivo monarca hizo venir de Cuzco, Quito y otras ciudades del imperio quanto oro pudo recogerse. Mas como la sala no se llenase con la brevedad que Pizarro apetecía, fué menester que tres soldados españoles pasasen á Cuzco para cerciorarse de que no era irrealizable lo que Atahualpa habia ofrecido. Estos comisionados se quedaron absortos á vista del oro y la plata que en increíble abundancia encerraban los palacios del rey y los templos del Sol, y en su sed de enriquecerse arrancaban con sus manos las láminas de oro que cubrian las paredes de los templos, escarneciendo sus dioses, abusando torpemente de las mugeres, y cometiendo toda clase de escesos.

Súpose en esto que Almagro acababa de arribar con refuerzos á la colonia de San Miguel, y Pizarro se apresuró á repartir el oro entre los suyos, tocando á cada uno cuantiosas sumas, que muchos quisieron venir á disfrutar pacíficamente á España. Mas aunque se habia reservado el valor de cien mil pesos á Almagro, quejóse éste amargamente de la desigualdad del repartimiento, y de que Pizarro se habia adjudicado la mayor parte. A fuerza de regalos y promesas aplacó otra vez Pizarro á su compañero, y los dos quedaron nuevamente reconciliados (1533).

Poco valieron al infeliz Atahualpa los sacrificios por su rescate. Denunciado como autor de una conspiracion horrible, por un miserable llamado Felipillo, sometiósele á un tribunal que le condenó á ser quemado vivo. El mismo Pizarro le intimó la sentencia. Lágrimas, ruegos, ofrecimientos, todo lo empleó en vano el prisionero; lo único que hizo Pizarro fué conmutarle la pena de hoguera en la de garrote, y eso porque habia accedido á bautizarse. Asi espizó Atahualpa los crímenes con que habia manchado su elevacion al trono. Su muerte produjo la turbacion y la anarquía en el imperio, y su familia fué ferozmente sacrificada por un general ingrato. Aprovechándose Pizarro de este desorden, y habiendo recibido refuerzos de Panamá, avanzó hasta la capital, donde entró con poca resistencia. El oro que hasta entonces habian visto los españoles, era muy poco en

comparacion del que hallaron en Cuzco: este metal llegó á perder su valor hasta entre los soldados.

Noticioso y envidioso de tanta riqueza el capitán Belalcazar, á quien Pizarro habia dejado encomendada la colonia de San Miguel, formó el proyecto de apoderarse por su cuenta de la gran ciudad de Quito, y lo consiguió á fuerza de valor y de constancia, y de superar dificultades que parecian invencibles. Pero engañóse en sus codiciosas esperanzas, pues no solo no encontró el resto de los tesoros de Atahualpa que iba buscando, sino que los habitantes al abandonar la ciudad se habian llevado todos los objetos de algun valor.

Cuando así marchaba la conquista, hubo motivos para temer que estallára una guerra fatal entre los mismos caudillos españoles. Alvarado, uno de los mas valientes capitanes de Hernán Cortés, noticioso de los triunfos de Pizarro, y no bien hallado con la quietud del gobierno de Guatemala que entonces tenia, corrióse con sus tropas al Perú, y despues de sufrir en su marcha grandes fatigas y horribles padecimientos, presentóse tambien delante de Quito. Salieron á su encuentro Almagro y Belalcazar, y cuando se temia de un momento á otro un choque sangriento entre ambos ejércitos, afortunadamente no faltó quien intercediera con interés y con éxito en favor de la paz, y contentándose Alvarado con un donativo de cien mil pesos como indemnizacion de los gastos de su es-

pedicion, prometió renunciar á todo proyecto contra el Perú y volverse á su gobierno de Guatemala. Pizarro, que deseaba tambien libertarse de un rival tan temible, le hizo presente de otra igual suma, y Alvarado agradecido le dejó al retirarse casi toda la tropa que mandaba (1534).

Entonces fué cuando Francisco Pizarro se dedicó á realizar el proyecto que habia formado de fundar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la residencia de su gobierno. Eligió para ello un valle agradable y fértil, y ejecutáronse con tal actividad las obras, que en un momento se vió levantada como por ensalmo una gran poblacion con palacios y casas magníficas. Esta ciudad era Lima (1535).

Habia entretanto venido á España su hermano Fernando con el oro y la plata que constituia el quinto del emperador, y que se elevaba á una cuantiosísima suma. La nacion y su monarca participaron de igual regocijo, y no habia elogios que no se prodigáran al conquistador del Perú. Diósele el título de marqués de los Charcas, y se le confirmó el de gobernador de aquellas regiones, que se nombraron Nueva Castilla, estendiendo su jurisdiccion á otras setenta leguas mas de la costa meridional. A Almagro, ademas del título de adelantado, se le dió el gobierno independiente del gran territorio de Chile, aunque no conquistado todavía. Estos nombramientos produjeron vivas disputas entre los dos conquistadores, que estuvieron á